

ENFOQUES TEORICOS Y METODOLOGICOS EN CIENCIAS POLITICAS

MIGUEL A. HEREDIA B.

LA CIENCIA POLITICA: CIENCIA SIN PARADIGMA

La situación histórica de la ciencia política puede ser descrita conforme a lo que T.S. Khun ha llamado "ciencia sin paradigma",¹ es decir, un estado en que la comunidad científica está lejos de un consenso con respecto a los fundamentos epistemológicos de su quehacer y por lo tanto se dispersa en escuelas rivales que se querellan no tanto con respecto a tal o cual proposición específica sino en general en cuanto al enfoque teórico, es decir, en relación al método. Es ésta una situación que estimula la actitud crítica, en contraste con la rutinización y hasta dogmatismo que amenaza al trabajo científico en épocas en que reina indiscutido un paradigma, bloqueando toda auténtica innovación y conduciendo a la larga a crisis de las que finalmente puede emerger un nuevo cuerpo teórico que revolucione la ciencia. Creo que esta visión puede ayudarnos a enfrentar con mayor realismo y serenidad el estado de aparente "anomalía interpretativa", usando la expresión de D. Easton, que afecta esta ciencia.

Es cierto que el desarrollo de la ciencia se dificulta cuando el diálogo está

Ponencia presentada al Encuentro Nacional sobre las Ciencias Políticas en la República Dominicana celebrado en Santo Domingo el 8 de octubre de 1977 bajo los auspicios del Fondo para el Avance las Ciencias Sociales en la República Dominicana.

obstruido por la diversidad de lenguajes, ya que a menudo se emplea un mismo concepto para designar fenómenos diferentes, así como se emplean conceptos diferentes para un mismo fenómeno; pero no es menos cierto que esta actitud de alerta a que nos obliga la ausencia de paradigma nos compele a la revisión de los fundamentos de toda pretendida explicación y nos hace hipersensibles a los defectos e insuficiencias de los diferentes modelos conceptuales. Esto no deja de ser una esperanza de profunda renovación y perfeccionamiento; y en todo caso sugiere que es preferible una situación de "inmadurez", pero de gran dinamismo y profundización, a una cristalización prematura que inhiba el cuestionamiento que la ciencia se hace a sí misma.

En este trabajo se insinúa una marcha progresiva hacia enfoques que superen el formalismo inicial centrado en el estudio de las instituciones, más o menos impregnado de intenciones normativas y jurídicas, comenzando a preocuparse por la realidad de la "vida política", según la terminología de Marcel Prélot, es decir, por el fenómeno del "poder"; se abre paso entonces una "nueva" ciencia política, básicamente norteamericana, obsesionada por la fundamentación empírica y el desarrollo de modelos teóricos susceptibles de manipulación lógico-matemática como para hacer predicciones en base a cálculo de probabilidades, modelo de simulación, etc.

El marxismo ha aportado un enfoque más radical, dinámico y crítico al estudio de la sociedad, pero sus problemas teórico-metodológicos son de una naturaleza tan distinta a los de las otras corrientes principales que se justifica un tratamiento aparte. Así pues, apenas se le mencionará en este estudio.

LA CIENCIA POLITICA TRADICIONAL

Esta es la escuela primordialmente europea, heredera de una larga y prestigiosa tradición de pensamiento político con un fuerte sello filosófico racionalista y lastrado con preocupaciones ético-jurídicas. Su desarrollo más sólido lo logra en la descripción y análisis, muchas veces comparativo, de las instituciones políticas formales del Estado. Se presta atención a la forma de designación de los gobernantes y de organización del gobierno y sobre estas bases se elaboran tipologías y clasificaciones de regímenes políticos. Por ejemplo, en Maurice Duverger,² se estudian las democracias liberales, subclasificadas en regímenes presidencialistas y parlamentarios. En estos últimos se distingue entre los de gabinete (británico), bipartidistas flexibles y multipartidistas. Por otra parte se estudian los regímenes autoritarios que se clasifican en comunistas y fascistas, aparte de las monarquías y tiranías de interés puramente histórico. Obviamente en este esquema la realidad política de los países subdesarrollados y las sociedades no-occidentalizadas (primitivas) encuentran difícil ubicación.

Este enfoque tradicional se ha dinamizado al aceptar como unidad fundamental de estudio no ya las instituciones políticas formales del Estado, sino el fenómeno del "poder", entendido en términos de control, decisión y mando efectivo de la sociedad. Esto ha acrecentado el interés por el conocimiento de los "actores de la lucha política", en la terminología de M. Duverger, o "las fuerzas que animan la vida política", de acuerdo a la conceptualización de Marcel Prélot. Así se estudian los partidos políticos y los llamados "grupos de presión". No obstante, el marco de referencia obligado sigue siendo el Estado.

El desarrollo de otras ciencias sociales y la complejidad del acontecer político contemporáneo ha puesto en evidencia las limitaciones de la ciencia política tradicional, desarrollando en sus cultivadores una creciente sensación de malestar. Es así que Marcel Prélot nos habla de "las vicisitudes de la ciencia política".³ Para empezar, el problema de su propia identidad. Cómo establecer las fronteras con la ética, el derecho, la sociología, la economía, etc., ciencias que según el autor han sustituido a la ciencia política en campos que le eran propios. Prélot apunta dos tendencias: a) la de los que consideran la ciencia política como una "ciencia residual", es decir que se ocuparía de lo que dejaron sin cubrir las ciencias que hoy la sustituyen; y b) la de quienes la consideran una "ciencia encrucijada" (carrefour) donde convergen distintas disciplinas suficientemente diferentes para progresar cada una por su lado, pero lo bastante próximas en sus itinerarios para que se encuentren por un momento. En un caso y en el otro sólo subsisten "las ciencias políticas" (sociología política, derecho político, economía política, historia política, etc.) pero no "la ciencia política". Al rechazar estas posiciones, el autor habla de una "politología desmembrada y abandonada"; y si finalmente nos habla de un "renacimiento" de la politología es "volviendo a colocar la institución estatal como centro del conocimiento político".⁴ De este modo, la preocupación por un mayor realismo político no va más allá de una referencia a conceptos nada rigurosos como los ya mencionados de "vida política" y "fuerzas políticas", que son más bien nociones subsidiarias al eje central: las instituciones. "La politología descubrirá", nos dice, "bajo cada una de las instituciones políticas las fuerzas que las animan actualmente y más allá de éstas, las fuerzas exteriores a la institución que algún día vendrán a instalarse en ella o a provocar la formación de instituciones nuevas".⁵

Almond y Powell resumen en tres puntos la insatisfacción y las críticas que el enfoque tradicional provoca en lo referente a estudios comparativos, pero que pueden extenderse a otros campos:⁶

1. Parroquialismo, es decir, localismo. Señalan cómo los estudios estuvieron confinados al área europea y principalmente a las "grandes potencias", con el agravante de que se teorizaba acerca de las formas de gobierno en base a esta reducida muestra de casos.

2. Enfoque configurativo (descriptivo). Se refieren los autores a que el análisis comparativo a menudo era poco más que una yuxtaposición de esquemas institucionales específicos sin que se investigara en forma controlada las relaciones causales entre los fenómenos políticos y sociales.

3. Formalismo. Aluden al enfoque centrado en las instituciones gubernamentales, sus normas y regulaciones legales, y/o en ideas acerca de la política; en vez de en el funcionamiento, la interacción y el comportamiento reales.

Estas críticas e insatisfacciones dieron lugar a que la ciencia política entrara en el amplio esfuerzo de renovación que sacude a las ciencias sociales en general.

LA NUEVA CIENCIA POLITICA

Un gran esfuerzo de renovación teórico-metodológica ha tenido lugar en la moderna ciencia política, principalmente norteamericana, bajo la influencia del funcionalismo, el conductismo, el análisis de sistemas, la teoría de los juegos y los modelos de comunicación y control (cibernética). Los resultados de este movimiento son todavía muy insatisfactorios y sus avances son realizados en medio de grandes polémicas que muestran a la vez el interés que despiertan y las críticas que provocan. Sin embargo, de manera general, el resultado de este movimiento es positivo; pues a diferencia de otras ciencias sociales que conocieron esfuerzos divergentes por, de una parte, aumentar su basamento empírico acumulando datos sin ninguna conexión con la teoría y, por otro lado, desarrollar la "gran teoría general" sin apertura a la verificación, la ciencia política conoce un interés conjunto por ambos aspectos inseparables del quehacer científico. Se trata de dar pasos para la construcción de la teoría con fundamentos empíricos y con rigor lógico.

EL ANALISIS DE SISTEMAS

David Easton, uno de los más connotados politólogos de las nuevas corrientes, resume el sentido del movimiento en la forma que sigue:

A diferencia de las grandes teorías políticas tradicionales, la nueva teoría tiende a ser analítica, no sustantiva, explicativa, más que ética, menos particular y de mayores alcances. El sector de la investigación política que comparte esta adhesión tanto a la nueva teoría como a los medios técnicos del análisis y la verificación, vincula de este modo la ciencia política con tendencias conductualistas más amplias de las ciencias sociales, de ahí el calificativo de conducta política. Este es el sentido e importancia cabales del enfoque conductualista en la ciencia política.

Easton se propone desarrollar una serie lógicamente integrada de categorías de fuerte relevancia empírica que permitan analizar la vida política como un sistema de comportamiento. Se trata pues simplemente, pero precisamente, de elaborar un esquema conceptual codificado y no de una gran teoría al modo antiguo con respuestas explicativas para todos los problemas. Su esquema simplificado se inspira en la "teoría general de sistemas" que abarca campos muy diversos (biología, matemáticas, etc.) y llama la atención acerca de la percepción del proceso político como un todo interactuando con su medio circundante. El esquema intenta ser lo suficientemente simple como para permitir la selección de algunas variables comunes que formen el núcleo de una teoría basamentada empíricamente. Sería posible medir y cuantificar este intercambio entre el sistema político y su medio y por tanto detectar las regularidades de su comportamiento, pudiendo entonces predecir las probabilidades de su comportamiento, o cambio del sistema.

Entre otras nociones introduce las de "inputs" (entradas o insumos que pueden ser demandas o apoyos) y "outputs" (salidas) que son decisiones que afectan la asignación de valores en la sociedad. Otra noción clave es la de "feedback loop" (retroalimentación), que describe la forma en que el efecto de los "outputs" vuelve a entrar como información al sistema, afectando su próximo comportamiento como un autoregulator.

El esquema de Easton ha estimulado a muchos investigadores deseosos de realizar análisis políticos con la mayor precisión; pero muchos de ellos no han tardado en mostrar su decepción, acaso porque esperaban demasiado de lo que el propio autor presenta solamente como "una entre muchas estrategias significativas posibles para construir una teoría política general".⁸ Es el caso de Eugene J. Meehan,⁹ que comienza declarando que:

Aunque quizá él no esté de acuerdo con esta afirmación, el funcionalista más coherente y sistemático dentro de la ciencia política ha sido David Easton. Su "enfoque de sistemas" (systems approach) de la política es una interesante variedad de funcionalismo a la que los politólogos deben prestar mucha atención. En cierto sentido, Easton podría ser considerado casi como el Talcott Parson de la ciencia política.¹⁰

Sólo para arremeter un poco más adelante:

El resultado es una estructura sumamente abstracta que resulta lógicamente sospechosa, conceptualmente confusa y empíricamente casi inútil. El "sistema político" de Easton se manifiesta como una abstracción cuya relación con la política empírica es punto menos que imposible de establecer. La promesa de un esquema conceptual con "gran trascendencia empírica", simplemente, no ha sido cumplida.¹¹

EL DESARROLLO POLITICO

Gabriel Almond y sus colaboradores han trabajado en un enfoque funcionalista que se ha ido haciendo más complejo a medida que se confronta con investigaciones empíricas en varios países. En su fase más elaborada es denominada "a development approach",¹² para denotar la intención de redimir al enfoque funcionalista de su alegada incapacidad para explicar el cambio. Desde sus primeras formulaciones se identificaron funciones fundamentales en todo sistema político para luego detectar, en cada caso concreto, qué estructuras las ejecutan en forma manifiesta o latente, especializada o difusa, etc. Se identifican funciones de "input", tales como comunicación política, articulación de intereses, etc., y funciones de "output", que se corresponden aproximadamente con las de los clásicos tres poderes del Estado, pero sin presuponer que las estructuras que las ejecutan sean necesariamente ni principalmente las instituciones explícitamente designadas para ello. Se identifican luego funciones de conversión que describen el proceso interno al sistema político que, a partir de los estímulos externos, genera salidas (decisiones, políticas generales). Entre las nociones de Almond que mayor acogida han logrado están las de "socialización política" (que se refiere al proceso de incorporación de los nuevos miembros a la "cultura política") y la propia noción de "cultura política" que sirve para percibir los elementos cognoscitivos, afectivos y evaluativos que inducen a un tipo de comportamiento político específico, refuerzan un tipo de legitimidad y en fin sirven de base a un tipo de sistema político determinado. Se distinguen varios tipos de cultura política; y su congruencia o no con el sistema político es un indicador de posibles cambios o de estabilidad política. Para abordar la problemática del cambio político se recurre a las nociones de "inputs disfuncionales" y, sobre todo, a la de "capabilities" (capacidad, destreza, potencialidad) que intenta medir la magnitud del potencial de funcionamiento del sistema político en aspectos específicos (por ejemplo, la "extracción" de recursos financieros, etc.).

Como Easton, G. Almond y sus colaboradores tienen la sensación de participar en un gran esfuerzo de reorientación metodológica y renovación conceptual, mediante el cual la ciencia política se une al movimiento que se desarrolla desde hace años en otras ciencias sociales, sobretudo en sociología, psicología, antropología y economía.

Almond y Powell resumen este movimiento innovador en el plano intelectual como un esfuerzo en cuatro dimensiones: a) la búsqueda de un enfoque más amplio, es decir, la ruptura con el parroquialismo y el etnocentrismo, partiendo de un muestreo más completo del universo de la experiencia humana con la política; b) la búsqueda del realismo, o sea el abandono del formalismo y su fijación en el marco legal e ideológico y las instituciones gubernamentales para empeñarse en localizar la dinámica del proceso político donde quiera que exista (clases

sociales, cultura, cambios económicos y sociales, élites políticas, relaciones internacionales), por eso se habla de enfoque conductista (behavioral approach); c) la búsqueda de precisión, es decir la exactitud y confiabilidad en las observaciones que basamentan empíricamente la teoría. De ahí el interés por los estudios cuantitativos, el cálculo o inferencia estadística, los sondeos por muestreo, y en general, todo lo que aumente la precisión de la medición y observación controlada de los fenómenos políticos; d) la búsqueda de ordenamiento intelectual, vale decir, la elaboración coordinada de nuevos conceptos que codifiquen de manera más adecuada las nuevas percepciones y descubrimientos que enfoques más realistas y amplios posibilitan, logrando una recíproca fecundación de los datos y teoría y apuntando hacia la unificación de la teoría de la ciencia política.¹³

Esta última pretensión basta para suscitar comentarios ácidos, como los de E.J. Meehan¹⁴ que afirma: "Como Easton, Almond es víctima de la búsqueda del Santo Grial político, una teoría de la política". "En el mejor de los casos", sigue diciendo, "lo que Almond produce es un esquema de clasificación, o quizá un modelo, muy imperfecto y laxo, que puede ser utilizado para ordenar y talvez homogenizar las observaciones de fenómenos políticos. Que deba o no utilizarse para estos propósitos es cosa que depende de la demostración empírica de que el montón de categorías que el modelo sugiere constituyen en verdad las variables cruciales de la política. En mi opinión son demasiado amplias para ser útiles". Y más adelante añade: "... el funcionalismo de Almond es funcional sólo de nombre. Almond no ha producido ni una teoría, ni incluso un esquema de clasificación bien articulado. La taxonomía es incompleta y ambigua...".¹⁵

A pesar de sus comentarios tan críticos con respecto a Easton y Almond, el citado autor se esfuerza en presentarnos un juicio sereno acerca del funcionalismo, destacando tanto sus aportes como sus debilidades. Desde su punto de vista, los inconvenientes del enfoque funcionalista de la política están más que compensados por sus virtudes: gran flexibilidad, abstracción, capacidad para operar con fenómenos de muy distinta magnitud, capacidad para incorporar las explicaciones formuladas en función de otros esquemas, etc.¹⁶ Dichos aportes pueden resumirse como sigue: a) ante todo, el funcionalismo ha llamado la atención con energía sobre la interdependencia de los elementos que integran la sociedad y ha ayudado a buscar las reglas que controlan la interacción y la interdependencia; b) ha evidenciado de modo muy útil las consecuencias no queridas de la acción social (funciones latentes); c) supera las analogías mecanicistas; d) concentra la atención en el presente; e) ha estimulado la crítica y el debate intelectual, ayudando así al desarrollo de la teoría.¹⁷

En cuanto a los inconvenientes más recurrentes señalados contra el funcionalismo son: a) oscuridad o ambigüedad conceptual y supuestos no fundamenta-

dos; b) compromiso ideológico con el mantenimiento del orden establecido; c) dado el carácter estático de sus enfoques.¹⁸

Estos puntos han sido rebatidos en forma convincente por Robert Merton¹⁹ y por el propio Almond, entre otros.

LOS MODELOS LOGICO-MATEMATICOS

La búsqueda de precisión en el análisis político ha estimulado la creación y aplicación de modelos lógicos y matemáticos inspirados en gran medida en la ingeniería de sistemas. Los resultados de estos intentos han sido, sin embargo, poco satisfactorios por el momento.

Un modelo consiste en un conjunto de elementos cuidadosamente definidos y de reglas para manejarlos, generalmente reducido en forma simbólica.

Juzgar la pertinencia de un modelo es algo muy difícil y que en definitiva dependerá no solamente de su adecuación a la realidad fáctica que se intenta analizar sino también de su propia congruencia lógica y matemática. A este respecto hay que reconocer que la formación que recibimos los estudiosos de la ciencia política está muy alejada de este tipo de ejercicio y que, de hecho, buena parte de estos modelos han sido elaborados por matemáticos y/o economistas.

No obstante, y de manera general, se apuntan diversos aspectos en que la utilidad de los modelos puede ponerse de manifiesto:

1. Los modelos formales pueden tener un valor heurístico al sugerir la forma en que los elementos actúan unos sobre otros en un sistema.

El sistema se define como un conjunto de variables que puede ser considerado como una entidad definida, destacándose sobre el trasfondo dado.²⁰ Un ejemplo de esto es el trabajo de Morton Kaplan, titulado *System and process in international politics*, donde se presenta un esquema conceptual claro y dinámico para el análisis de las relaciones internacionales y se sugieren interesantes reglas para construir estrategias políticas en este campo.

2. Pueden ayudar a un planteo más claro del problema estudiado, por el proceso de reducción de cuestiones empíricas a términos lógicos formales, aumentando así el poder analítico.

3. Algunos de ellos proporcionan un medio para seleccionar estrategias en

circunstancias concretas, al facilitar el análisis del proceso de toma de decisiones en condiciones de incertidumbre, de información incompleta y/o de conflicto.

Entre los modelos mejor logrados se encuentran los de Herbert A. Simon, cuya aplicación ha sido mayor en ciencias de la administración. Pero, quien al considerar modelos de "optimización" y modelos de comportamiento adaptativo a las ciencias sociales, ha desarrollado un esquema sofisticado y fructífero que incluye modelos referentes al aprendizaje y a las diferentes clases de "racionalidad".²¹

Bajo el impacto del enfoque decisional, el mismo concepto de "poder" se ha transformado y autores como Robert Dahl y Harold D. Lasswell, así como Abraham Kaplan, han trabajado esta tendencia. Dahl²² considera mensurable el poder político en dos aspectos: a) la aptitud para producir un cambio en la distribución de probabilidad de una clase de resultados repetitivos; b) la frecuencia de asociación de un actor con resultados que parecen "exitosos" desde su presumible punto de vista.

Lasswell y Kaplan²³ definen el "poder" como "participación en la formación de decisiones"; y la "decisión" como una política que implica sanciones severas.

Es innegable que el enfoque del "poder" ganaría en precisión si se lograra analizar con exactitud el proceso de toma de decisiones políticas mediante un modelo. Como señala Karl W. Deutsch:

El poder no puede lograr más que una sucesión de efectos fortuitos en el ambiente, a menos que haya algún objetivo o intención relativamente determinados, alguna decisión o clase estratégica o secuencia de decisiones, por las cuales pueda guiarse la aplicación del poder.²⁴

Lo mismo cabe decir en cuanto al enfoque del "conflicto", que ha tenido alguna fortuna sobretudo en estudios sobre relaciones internacionales. Deutsch sugiere que puede desarrollarse un concepto de conflicto susceptible de medición en función de: a) la magnitud probable de incompatibilidad entre sus respectivos programas para el futuro; y b) los probables costos de evitar el antagonismo entre ellos, total o parcialmente.

De este modo, piensa el autor citado, puede promoverse en cierta medida un futuro análisis racional y cuantificado más adecuado de todo el problema del conflicto.²⁵

4. Los modelos permiten una cuasi-comprobación de supuestos mediante

ejercicios de simulación, ayudando así a superar la dificultad de experimentación en ciencia política.

A este respecto cabe mencionar los ejercicios basados en las teorías de los juegos.

TEORIA DE LOS JUEGOS

Los trabajos de John von Neuman y Oscar Morgenstern²⁶ sugieren que hay en este campo matemático un importante potencial de cuasi-experimentación. Este tipo de modelo representa un nuevo enfoque para el estudio de las decisiones políticas y sociales y el de las estrategias (decisiones acerca de clases de decisiones). Se basan en el supuesto de que existen amplias similitudes entre ciertos juegos convencionalmente estandarizados y ciertas situaciones sociales recurrentes.

Dado el rigor lógico de estos ejercicios, obligan a la representación matemática de los conceptos y a dar de ellos definiciones operacionales; es decir, a encontrar para cada concepto operaciones practicables mediante las cuales éste pueda ser realmente sometido a prueba y medición.²⁷

La dificultad de manipulación lógico-matemática plantea grandes limitaciones a la búsqueda de modelos de la complejidad requerida para adecuarse a la realidad política. Los modelos más desarrollados son de juegos de dos actores, los cuales resultan demasiado simples y deben partir de supuestos poco fundados empíricamente (irreales), pasando por alto muchas cosas que parecen importantes para la comprensión de las decisiones humanas.²⁸

Eugene J. Meehan resume la situación en este campo diciendo:

La verdad es que se han hecho muy pocas aplicaciones concretas de la teoría de los juegos y que ésta no se ha mostrado hasta ahora especialmente útil para la investigación empírica y ni siquiera para la exploración de alternativas estratégicas o políticas. Sin prejuzgar el futuro, puede afirmarse que la utilidad de la teoría de los juegos para la explicación o la predicción es, por el momento, muy limitada. Un sector pequeño, pero bien organizado e influyente del mundo universitario, en el que se incluyen algunos politólogos, continúa, sin embargo, explorando las posibilidades de la teoría de los juegos, buscando aplicaciones nuevas, tratando de ampliar el aparato conceptual y contribuyendo, con todas estas actividades, al desarrollo de la teoría misma.²⁹

Entre las aplicaciones mejor logradas pueden citarse el ya mencionado trabajo de Morton Kaplan (System and process in international politics) y los traba-

jos de Thomas C. Schelling (*The strategy of conflict*) y de William H. Riker (*The theory of political coalitions*).

Karl W. Deutsch señala entre las debilidades de la teoría de los juegos su necesidad de operar como si no se produjeran cambios en las características de los elementos que en él participan, ni cambios en las reglas del juego.³⁰ No obstante, este autor piensa que mediante el estudio de secuencias de juegos y de juegos estocásticos pueden superarse estas limitaciones. En el caso de la secuencia de juegos, se establece que el resultado del primer juego o de ciertos movimientos puede llegar a determinar la naturaleza del juego siguiente; es decir, un cambio de reglas. Los juegos estocásticos incluyen una formulación de las probabilidades de transición de un subjuego a otro. Esto nos acerca ya a los intentos de predicción.

En efecto, algunos modelos matemáticos pueden ser usados como instrumentos de predicción.

Desde luego se trata simplemente de anticipar el comportamiento de una variable en condiciones rigurosamente establecidas. De más está señalar, la dificultad de especificar de manera adecuada las variables necesarias para el análisis de los asuntos políticos; así como su medición y cuantificación. No obstante, algunos autores de estos ejercicios, sobretodo en el campo de las relaciones internacionales, han ganado cierta notoriedad, como es el caso de Herman Kahn y el ya mencionado de Thomas C. Schelling.³¹

En resumen, puede decirse que la elaboración y aplicación de estos modelos matemáticos representa un poderoso estímulo intelectual para quienes buscan nuevos y mejores instrumentos teóricos para la construcción de la teoría científica de la política; pero que, por el momento, tales modelos matemáticos en las ciencias sociales no han sido de gran utilidad porque su exigencia de simplificación y rigor conduce a trabajar con supuestos francamente ingenuos o a la introducción de pseudoconstantes.³² Debe añadirse que a esta tendencia a la hipersimplificación se agrega el riesgo de acentuar en exceso la importancia de los símbolos en detrimento del realismo empírico. Esto es, puede haber la tendencia a querer forzar los datos para que se ajusten al "modelo".³³

LOS MODELOS CIBERNETICOS

El exponente más entusiasta de la aplicación de modelos cibernéticos al análisis político es Karl W. Deutsch.³⁴ Desde su punto de vista, esto representaría un formidable paso de avance en la línea del movimiento por mayor exacti-

tud en esta ciencia; al tiempo que se superarían las deficiencias señaladas a otros tipos de modelos matemáticos. Particularmente, el autor espera que puedan superarse las analogías mecanicistas y organicistas y estudiar el proceso político como un sistema autocontrolado, en interacción dinámica con su ambiente. Este enfoque sintetizaría los hallazgos del análisis de sistemas, del enfoque decisional y conflictual y la teoría de los juegos, superando sus rigideces. Entre los conceptos que introduce se encuentra el de "voluntad política", que matiza los anteriores de "poder" y "decisión". Subyacente a todo sistema político existiría una especie de "programa" o "memoria". Para Deutsch:

La voluntad es una pauta de preferencias e inhibiciones relativamente consolidadas, derivadas de las experiencias pasadas de un grupo social, rotuladas conscientemente para una porción importante de sus miembros, y aplicadas para guiar las acciones y restringir las experiencias posteriores de ese grupo y de sus miembros.³⁵

Claramente este concepto se inspira en nociones cibernéticas como retroalimentación, aunque no parece del todo alejado de lo que Almond llama "la cultura política".

La cibernética es la ciencia de los sistemas de comunicación y control. Estudia toda la dinámica de cualquier sistema que tenga entrada estadísticamente variable y autocontrolada (red de comunicaciones automodificativa).³⁶ Cualquier sistema caracterizado por un nivel importante de organización, comunicación y control es estudiado por la cibernética (trátese de un mecanismo, como las computadoras; de un organismo biológico; o de un sistema social, como la administración o el proceso político). Se trabaja bajo el supuesto de que todas las organizaciones son parecidas en ciertas características fundamentales y la comunicación mantiene la coherencia de toda organización.³⁷

La información consiste en una pauta transmitida que es recibida y evaluada refiriéndola a un conjunto estadístico de partes relacionadas.³⁸

Explicada, mediante el análisis, la "voluntad política" de un gobierno y contando con un concepto de "poder" supuestamente susceptible de medición, podría el estudioso hacer cálculos y juegos matemáticos que permitirían elaborar estrategias políticas en base a predicciones probabilísticas.

En esta concepción del "poder" se distingue el "poder en bruto", que sería la probabilidad de que un sistema exteriorice su programa interno, imponiendo una cantidad dada de cambios sobre el ambiente; y el "poder neto", que sería la diferencia existente entre la probabilidad de que tales cambios se impongan en el mundo exterior y la probabilidad de que ocurra otra cantidad crítica o impor-

tante de cambios en la estructura interna del sistema,³⁹ o "la diferencia entre el monto de cambios impuestos y el de cambios aceptados por el actor".

De todos modos, de acuerdo a este enfoque, la esencia de la política ya no sería "el poder", que pasaría a ser una de sus divisas; sino la organización, el control efectivo para la realización de este "programa interno".⁴⁰ Como se ve, el autor intenta una visión poco usual.

En efecto, K. Deutsch sugiere que se considere el gobierno no tanto como un problema de poder sino más bien como un problema de conducción (steering), y pretende mostrar que la conducción es, fundamentalmente, un problema de comunicación.

El propio autor nos advierte del peligro de quedarse en una nueva y fecunda analogía sin pasar a la construcción de modelos matemáticos rigurosos que puedan aplicarse con precisión. De hecho, el desarrollo de modelos específicamente cibernéticos, es decir, que incluyan tanto aspectos de la comunicación como del control autoconduccionado o autónomo, ha sido lento.⁴¹

CONCLUSIONES

Esta somera exposición basta para poner de relieve la efervescencia intelectual que caracteriza el ámbito de la ciencia política.

El autor espera haber puesto claramente de manifiesto su impresión de que todos los modelos matemáticos o informales presentan grandes imperfecciones y todas las teorías explicativas son débiles. Por tanto sería prematuro adoptar posiciones endurecidas e inflexibles. No obstante, la situación de nuestra disciplina es esperanzadora, porque se sabe dónde residen estas debilidades e imperfecciones y se realizan esfuerzos titánicos por evitar errores innecesarios y por superar tanto la imprecisión conceptual como la inexactitud de las observaciones y el divorcio de uno y otro aspecto del quehacer científico.

Creemos que estas conclusiones seguirían siendo válidas aún cuando en este estudio se hubiera podido incluir la corriente marxista.

Las tendencias aquí estudiadas pasarían por otro cedazo crítico de ser confrontadas con el marxismo. Lo que no significa, sin embargo, que dentro del mismo no se planteen engorrosos problemas teórico-metodológicos.⁴² La naturaleza de estos problemas, como dijimos inicialmente, resulta tan ajena a la de las corrientes aquí examinadas que resultaba contraproducente tratarlas conjuntamen-

te. Sobre todo, teniendo en cuenta que su tratamiento, aún somero, exigiría mucho más espacio que el que hemos podido dedicar a todas las otras corrientes juntas. Piénsese sinó en el problema de las relaciones entre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, o entre la infraestructura y la superestructura; el problema de determinar si existe o no una ruptura epistemológica entre el joven Marx y el Marx maduro y por tanto de saber cuáles son los "conceptos fundamentales" del materialismo histórico; precisar la naturaleza del método "ascensional" y los pasos de la dialéctica en la relación sujeto-objeto y entre lo abstracto y lo concreto; la diferencia entre el método en el contexto de la investigación y en el de la exposición; y, en definitiva, determinar de entre las tendencias marxistas rivales cuál es el marxismo "ortodoxo". Obviamente era imposible adentrarse en tan interesantes discusiones. Sirva esto de excusa para tan notoria y lamentable omisión.

NOTAS

1. Thomas S. Khun. *The structure of scientific revolutions*. Chicago, The University of Chicago Press, 1969. p.7-22
2. Maurice Duverger. *Institutions Politiques et Droit Constitutionnel*. Paris, Presses Universitaires de France, 1965. p. 75-236, 237-398
y
Maurice Duverger. *Sociologie Politique*. Paris, Presses Universitaires de France, 1966. p.357 en adelante.
3. Marcel Prélot. *La ciencia política*. Buenos Aires, EUDEBA, 1964. p.17-44.
4. *Ibidem.*, p.53 en adelante, p.91.
5. *Ibidem.*, p.91-92.
6. Gabriel Almond y G. Bingham Powell. *Comparative politics; a developmental approach*. Boston, Little Brown, 1966. p.2-3.
7. David Easton. *Esquema para el análisis político*. Buenos Aires, Amorrortu, 1966. p.45.
8. *Ibidem.*, p.17.
9. Eugene J. Meehan. *Pensamiento político contemporáneo*. Madrid, Ediciones Revista de Occidente, 1973. p.153 en adelante.

10. **Ibidem., p.153.**
11. **Ibidem., p.158.**
12. **G. Almond y G. B. Powell, op. cit., p. 34-40.**
13. **Ibidem., p.6-8.**
14. **E. J. Meehan, op. cit., p.160.**
15. **Ibidem., p.163.**
16. **Ibidem., p.94, 105 en adelante.**
17. **Ibidem., p.151-152.**
18. **Idem.**
19. **Robert Merton. Teoría y estructura sociales. México, Fondo de Cultura Económica, 1964. p.29-130.**
20. **E. J. Meehan, op. cit., p.164.**
21. **Herbert A. Simon. Models of man, social and rational. New York, Wiley, 1957. p.62-78.**
y
H. A. Simon. Administrative behavior: a study of decision making process in administrative organization. 2.ed. New York, Macmillan, 1957.
22. **Robert Dahl. "The concept of power". Behavioral science. Jul. 1957. p.201-215.**
y también:
R. Dahl. Modern political analysis. New York, Prentice-Hall, 1965.
23. **Harold D. Lasswell y Abraham Kaplan. Power and society. New Haven, Yale University Press, 1960. p.74-75.**
24. **Karl W. Deutsch. Los nervios del gobierno; modelos de comunicación y control políticos. Buenos Aires, Paidós. p.139.**
25. **Ibidem., p.142.**
26. **John von Neuman y Oskar Morgenstern. Theory of games and economic behavior. Princeton, N. J., Princeton University Press, 1974.**
27. **K. W. Deutsch, op. cit., p.83-85.**
28. **E. J. Meehan, op. cit., p.270.**
29. **Ibidem., p.274.**

30. K. W. Deutsch, op. cit., p.88.
31. Herman Kahn. On thermonuclear war. Princeton, N. J., Princeton University Press, 1960.
y
Thomas C. Schelling. The strategy of conflict. Cambridge, Harvard University Press, 1960.
32. K. W. Deutsch, op. cit., p.70.
33. E. J. Meehan, op. cit., p.259.
34. K. W. Deutsch, op. cit., p.105-170.
35. Ibidem., p.136.
36. Ibidem., p.119-120.
37. Ibidem., p.110.
38. Ibidem., p.114.
39. Ibidem., p.140.
40. Ibidem., p.152.
41. Ibidem., p.20.
42. Véase entre otros planteos críticos desde el interior del marxismo: Robert Havemann
Dialéctica sin dogma. Barcelona, Ariel, 1967. 281 p.
Ludovico Silva. Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos. Caracas,
Monte Avila, 1976. 273 p.
Karel Kosik. Dialéctica de lo concreto. México, Grijalbo, 1967. 269 p.